

Del mercado a la teoría del inconsciente: El sujeto de la filosofía y de la ciencia

Walter Beller

Jaime Labastida. 2007. *El Edificio de la Razón. El sujeto científico*. México: UNAM y Siglo XXI. 264 págs.

No hay manera de calcular el enorme daño que ha desencadenado la extendida versión de la (supuesta) ‘neutralidad’ de la ciencia, según la cual sólo deben tomarse en cuenta los ‘hechos’ constatables y por ello eliminar ‘interpretaciones’ y ‘valores’, que sería lo propio de la subjetividad. Su supuesto básico es que cualquier intervención de la subjetividad resulta inadecuada para el quehacer científico regular, eficiente y comprobable. Sólo habría que hablar de las teorías, de manera totalmente anónima. Así, la ciencia sería “un conocimiento sin conocedor; un conocimiento sin sujeto cognoscente” Popper [1979, 109].

Dado el predominio del neutralismo, cualquier elucidación alternativa debe enfrentar y resolver varios espinosos problemas conceptuales —¿qué se entiende por sujeto?, ¿cómo interviene en la práctica científica?, ¿hay una o varias teorías del sujeto?—. En primer término, deberá distinguir el ‘sujeto individual’ o egocéntrico —centrado en los órganos de los sentidos, en su propia acción o en sus íntimas convicciones y creencias, por lo cual es fuente de deformaciones o ilusiones— del ‘sujeto epistémico’, descentrado, cuyas actividades epistémicas son comunes a todos los sujetos racionales posibles —*i.e.*, aquel que coordina sus acciones entre sí y con las de otro, que mide, calcula, deduce e interpreta de manera verificable por cualquiera—. Desde luego, un análisis no-objetivista de la ciencia dejará fuera al sujeto individual para

concentrarse exclusivamente en el sujeto epistémico.¹ El problema radica en que para ciertas escalas de fenómenos (*e.g.*, los de física clásica) la intervención del sujeto es mínima, en el sentido que las ecuaciones y deducciones de la teoría reemplazan su acción, de modo que el objeto se ha hecho ‘relativamente’ independiente del sujeto; mientras que en otras escalas —*e.g.*, microscópicas— la acción del experimentador modifica el fenómeno observado. Además de los diversos grados de intervención de la subjetividad, el caso extremo lo representan las ciencias sociales, donde la estructura de la palabra y los simbolismos hacen más difícil la descentración respecto del sujeto individual. Por consiguiente, buscar una explicación exhaustiva del sujeto epistémico no deja de presentar difíciles escollos.

El filósofo mexicano Jaime Labastida ha asumido esos riesgos en el libro *El edificio de la razón. El sujeto científico*. Se trata de una especie de pequeña enciclopedia sobre un repertorio de nociones sobre el sujeto, vistas en una doble perspectiva, la filosófica y la científica. El libro está dividido en las dos partes correspondientes, aunque el tema es trabajado en una suerte de ontología de la subjetividad.

La estructura del lenguaje: Estructura del sujeto

En la primera parte, Labastida examina cuidadosamente el tema del sujeto desde la perspectiva de la filosofía antigua y moderna. Expone y discute las coincidencias, divergencias y los límites del concepto de sujeto epistémico en la historia de la filosofía. Propone, como momento fundante del sujeto epistémico, la formulación de Heráclito cuando asegura: “lo que oyen no es mío, sino de la razón”. Labastida interpreta: “¿Qué oyen los hombres? Oyen la voz de Heráclito; pero su voz no es suya (según él afirma), sino que es *de* (o le pertenece *a*) *λόγος*, a la palabra, a la razón”. Según Labastida, el lenguaje es una estructura racional y como tal representa al Otro, “al Gran Otro, al sujeto universal, al sujeto de la Razón” [p. 204]. O sea, no hay racionalidad fuera del lenguaje. Desde luego, el lenguaje no puede ser pensado como instrumento o herramienta del sujeto psicológico —no obstante la ilusión de ser ‘dueño’ del lenguaje— sino característica definitoria del sujeto epistémico.

La estructura del lenguaje corresponde a las estructuras de la racionalidad y, por ende, es coincidente con la naturaleza del sujeto epistémico. O, al menos, son estructuralmente análogas. “La estructura del lenguaje es una estructura semejante a la del sujeto que habla y que

1. La distinción la tomamos de Piaget 2004, capítulo VIII.

razona” [p. 30]. Con esta premisa de partida, Labastida explicará cómo la analogía estructural entre la palabra y la razón fue escrupulosamente desmenuzada por los filósofos griegos, así como por los pensadores del Renacimiento y, sin duda, por los filósofos de la modernidad: Spinoza, Descartes, Hume y Kant. Es este último el que ha elaborado —puntualiza Labastida— “una teoría del sujeto trascendental que supera todas las teorías anteriores”, cuyo modelo es el de “todo sujeto racional posible” [p. 115]. Aquí ya no hay sino una razón absolutamente autónoma, plenamente soberana; pero sin diálogo posible con otro (sujeto), ni con lo otro (la realidad). La razón se volverá razón abstracta y trascendental; el *a priori* puro. “Si el sujeto kantiano en algún momento pudiera dialogar —escribe—, lo haría ante el espejo que le devolvería intacta su propia imagen, su palabra propia.” [p. 115]. (Esta explicación recuerda ‘la fase del espejo’ y la fórmula: El receptor recibe su propio mensaje en forma invertida; es decir, espejo y fórmula de comunicación, revelan algunos ecos de Lacan, como veremos más adelante).

La primera parte del libro *El edificio de la razón*, consagrada a la filosofía del sujeto epistémico, concluye con Hegel quien, al abrir el campo del conocimiento a la contradicción, ha abierto el campo del diálogo (con el Otro), a la par que descubre el terreno de (la categoría) la posibilidad ilimitada, mostrando que en el sistema sólo hay interrelaciones, dando por supuesta la inevitable relatividad en nuestras nociones. Subraya Labastida: “Hegel, el filósofo de lo Absoluto, es el más humilde de todos los filósofos: sabe que todo es relativo” [p. 120].

¿El ocaso de la subjetividad?

La segunda parte de *El edificio de la razón* está dedicada a exponer la progresiva construcción del sujeto epistémico, pero ahora desde el ángulo de las ciencias. La vereda trazada va desde el renacimiento hasta la filosofía contemporánea de la ciencia. Labastida revisa, en primer término, algunas teorías de la naturaleza: La obra de Buffon, con sus avances y retrocesos; los estudios de Alexander von Humboldt (una obra que Labastida conoce a profundidad), y culmina con Darwin (quien ‘ha movido el edificio entero de la Naturaleza, incluido el hombre’). Luego de este recorrido, la consecuencia que extrae es que la ciencia natural moderna reclama a otro tipo de sujeto, ya muy alejado del pensamiento mítico arcaico, del sujeto centrado en sus propias acciones, para encontrarse con un nuevo tipo de sujeto que interroga a la naturaleza y establece —con la matemática y la lógica de por medio— las leyes de la naturaleza como leyes objetivas. Ahora el proceso es descentrado y objetivo. “El universo —escribe Labastida— está obligado

a seguir leyes que nada ni nadie es capaz de alterar. El hombre de ciencia se limita a hacer el registro de esas leyes, que enuncia con toda frialdad. El sujeto que enuncia esa objetividad ¿ha muerto?" [p. 167] —se pregunta al final de su revisión sobre las ciencias de la naturaleza.

La otra faceta de la acrisolada construcción del sujeto epistémico la muestran las ciencias humanas o sociales. Surgieron éstas en tres vertientes: La economía política, en Inglaterra; la sociología, en Francia; y la lingüística comparada, en Alemania.² El sujeto aparece, entonces, como el sujeto de la producción y el comercio, sometido a la nueva racionalidad económica capitalista. Igualmente, el sujeto aflora como un ser eminentemente social, subordinado a las determinaciones del espacio institucional. Asimismo, el sujeto emerge como sujeto de la lengua (y es que dada la capacidad 'recursiva' del lenguaje humano, podemos hacer girar el lenguaje sobre sí mismo, con lo cual se establece la base de la 'reflexión' y, concomitantemente, de la razón). En cada caso hay consideraciones contrapuestas, porque en estas ciencias el concepto de sujeto oscilará entre el sujeto individual o egocéntrico y los procesos de descentración, aunque el sujeto epistémico se muestre siempre inevitablemente atado —sujetado— al lenguaje.

El sujeto de la ciencia, el sujeto del que [Adam] Smith arranca es el *sujeto económico*, que es en todo caso asumido como *sujeto individual* que intercambia sus productos con otro *sujeto individual*. Todo ocurre entre individuos. Hay —señala Labastida— un evidente contrasentido, pues en tanto que la economía política es una ciencia de la sociedad, se considera que la sociedad misma la forman sólo individuos, los individuos aislados de la sociedad burguesa [p. 172].

Esta contradicción será superada en parte por Ricardo. Más tarde, con Marx —según nuestro autor—, la economía política encontrará las leyes contradictorias que gobiernan la producción en la formación social capitalista.

Defiende Labastida frente a Lakatos y Popper las aportaciones de Marx como un programa serio de investigación, aunque advierte que llevar las leyes de la economía a la proyección del futuro es del todo incorrecto. ¿Por qué la ciencia marxista incurre en el error de la utopía? Porque no considera el azar, la incertidumbre ni la pluralidad de variables que intervienen en el proceso social. O sea, las leyes sociales son una conjunción compleja del azar y la necesidad, mucho más acentuada que en la biología [Cfr. p. 184].

2. Labastida no hace una presentación de las ciencias sociales con el criterio de la nacionalidad, pero creo que es importante hacerlo así dados los diferentes presupuestos epistemológicos que se articulan sobre la concepción del mundo existente en cada región [véase: García 2000, capítulo 6].

En cuanto a la sociología, Labastida elogia las aportaciones de Comte. “El sujeto de la ciencia que propone Comte posee rasgos nítidos: es el amo y señor de la naturaleza. Las ciencias han despejado el camino para obtener un gobierno científico de la sociedad”; y concluye con una aseveración un tanto cuanto insólita: “Pese a sus excesos y simplificaciones, Comte sigue vivo” [p. 191]. Es así dado que representa la aspiración y tendencia más perseverante que defiende la unidad de las ciencias y preconiza sus aplicaciones tecnológicas, según asegura Labastida.

La estructura de la falta

Respecto de la lingüística, su reconstrucción en *El edificio de la razón* tiene dos alcances diferentes. Una ligada al estructuralismo (Saussure y Lévi-Strauss) y otra al psicoanálisis (Freud, Lacan), así como a los problemas fundamentales de la física contemporánea. En esta segunda, el concepto de sujeto se ha vuelto mucho más complejo. Si como ha sostenido Labastida, a lo largo de las dos terceras partes del libro, el lenguaje es racionalidad y por ende el fundamento más sólido del sujeto epistémico, con la teoría del inconsciente “surgen grietas en aquel edificio que parecía perfecto” [p. 201]. Ya no sólo es una indagación sobre la palabra, sino también sobre la no-palabra, es decir, sobre el ‘silencio’. Pero también un espacio donde el silencio habla: El silencio de las pulsiones.³

“El psicoanálisis muestra ante el sujeto un espejo opaco —señala Labastida en un tono denso—, acaso la relación extraña, esta relación oscura que atraviesa el carácter turbio del lenguaje, tal vez el vínculo débil que hay entre palabra y silencio, de Heidegger a Wittgenstein.” [p. 201]. He aquí el quiebre: El sujeto epistémico tiene, como lo ha puesto de manifiesto la teoría del inconsciente, límites insalvables, pues las palabras dejan de tener referentes fijos y únicos. La univocidad cede ante el lapsus y el equívoco. Frente a la claridad y distinción de las ideas cartesianas, la opacidad se convierte en un borde infranqueable. El inconsciente se estructura como un lenguaje, ha sido la fórmula emblemática de Lacan, una alteridad tan radical respecto del sujeto como “la de los jeroglíficos todavía indescifrables en la soledad del desierto”, leemos en los célebres *Escritos*.⁴

3. Sin duda, la referencia a este tema está principalmente desarrollado por Freud [1915]. Entre las múltiples exposiciones y explicaciones sobre este punto, puede consultarse Scarfone [2005].

4. Uno de los lugares donde Lacan [1985] menciona esta fórmula es cuando afirma: “si nos ha enseñado a seguir en el texto de las asociaciones libres la ramificación ascendente de esa estirpe simbólica, para situar por ella en los puntos en que las formas verbales se entrecruzan con ella los nudos de su estructura queda ya del todo claro que el síntoma se resuelve por entero en un análisis del lenguaje, porque él mismo está estructurado como un lenguaje, porque es lenguaje cuya palabra debe ser liberada”.

Es en esta última parte cuando vemos que las indagaciones de Jaime Labastida han girado de manera radical.

Una superestructura más compleja

El primer trabajo filosófico amplio que publicó Labastida se tituló *Producción, ciencia y sociedad: de Descartes a Marx*. En ese estudio pretendía mostrar los vínculos entre la producción manufacturera y las ideas filosóficas cartesianas (basado en la tesis ontológica de Marx: “el ser [económico] determina la conciencia, y no al revés”). Empleando esa metodología Labastida publicó otros estudios, sobre Humboldt, así como sobre la filosofía francesa del siglo XVII. En todo ello supo combinar la dialéctica hegeliana y marxista con los estudios de la historia de la ciencia de Koyré. Sorprende que ahora juzgue sus trabajos primarios como “una sociología de la filosofía” [p. xi] (según su propia confesión en la nota inicial del libro que comentamos).

Caracterizarlos como sociología no es suficiente, ya que dichos trabajos más bien tratan —en mi opinión— de ontología, de una teoría sobre la realidad social y la naturaleza de los fenómenos (científicos). Esa manera de abordar los temas así como varias conclusiones alcanzadas en aquellas obras, permanece en *El edificio de la razón*. Sin embargo, la aportación más importante de este libro es el giro hacia el lenguaje, pero no visto desde la mera perspectiva filosófica sino de un diálogo —que me parece fructífero— con el psicoanálisis.

Decía Unamuno que filosofía es filología. Aunque no es del todo correcta esta equiparación, es cierto que la filosofía recurre al análisis de las palabras e, incluso, a la innovación de términos del lenguaje. No sólo la filosofía analítica, sino la filosofía toda hace análisis del lenguaje. Tal es parte del método de indagación que sigue Labastida, muy particularmente en este libro que comentamos cuando establece, por ejemplo, las diferencias semánticas entre el ‘cogito’ y el ‘yo pienso’. Hay ‘matices’ en las palabras según cada lengua: No tienen el mismo sentido en griego antiguo que en francés o español. Labastida, como poeta que es, lo sabe y lo aplica [Cfr. Labastida 2006]. De ahí que se refiera a las palabras como ‘significantes’, al distinguir sus significados. No hay univocidad en los términos, si se los examina en el proceso histórico. De ahí que debemos estar atentos a las palabras en su contexto particular.

Pero hay algo más interesante. Labastida recurre a conceptos de la lingüística contemporánea, en particular a aquellos que emplea Lacan desde *Función y campo de la palabra*. Pues tenemos que admitir que ha sido Lacan quien ha reintroducido la problemática del sujeto en el psi-

coanálisis y, con ello, en todo un conjunto de consideraciones de la lingüística estructuralista, alimentando eso que se ha denominado enfoque posmoderno en las ciencias sociales. Labastida ha incorporado a sus reflexiones muchos conceptos y términos de esa perspectiva, quizá porque le sirve mucho para examinar la ‘otra’ faceta de la racionalidad.

Enunciación y subjetividad

Puesto que *El edificio de la razón* trata acerca del sujeto, es comprensible que su autor use, con frecuencia, la distinción entre sujeto del enunciado/sujeto de la enunciación. Estos conceptos fueron originalmente formulados en la lingüística por Benveniste, pero para el psicoanálisis la ‘enunciación’ —opuesta al ‘enunciado’—, se vincula a los procesos de producción del sentido a partir de una ‘discontinuidad estructural’ entre el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado. La enunciación sería aquello por lo cual el sujeto ‘es hablado’, y el enunciado es lo que el sujeto ‘habla’. Así, la enunciación constituye de algún modo la sede de ‘lo inconsciente’, mientras que el enunciado sería el lugar de su manifestación. Freud descubrió que hay representaciones no ligadas a las palabras, manifestaciones que no corresponden a las intenciones del sujeto cuando usa las palabras. Tal ocurre cuando prevalece la enunciación —lo inconsciente— sobre el enunciado. En la frase “No vaya usted a creer que es mi madre”, hay discrepancia entre enunciación y enunciado.⁵

En Labastida encontramos ejemplos como éste de indagación sobre la enunciación: “Según lo que dice Parménides, el sujeto de la enunciación es un sujeto de carácter universal y nunca un sujeto individual” [p. 34]. O sea, el sujeto del enunciado en realidad ‘es hablando’ por la Razón universal. Otro caso: Al analizar la *Relation historique* de Humboldt, dice que en el sujeto del discurso científico (Humboldt, el hombre de ciencia y el narrador que escribe) deben coincidir sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación, puesto ‘el sujeto racional que se autopropone en calidad de modelo o de paradigma de todo sujeto racional posible’ [p. 157]. Un ejemplo más [p. 208]:

5. En *La negación*, Freud [1979 XIX, 254] puntualiza: “El modo en que nuestros pacientes producen sus ocurrencias durante el trabajo analítico nos da ocasión de hacer algunas interesantes observaciones. [...]. «Usted pregunta quién puede ser la persona del sueño. Mi madre no es». Nosotros rectificamos: Entonces es su madre. Nos tomamos la libertad, para interpretar, de prescindir de la negación y extraer el contenido puro de la ocurrencia. Es como si el paciente hubiera dicho en realidad: «Con respecto a esa persona se me ocurrió, es cierto, que era mi madre; pero no tengo ninguna gana de considerar esa ocurrencia».

En Einstein, el sujeto del enunciado se vuelve relativo: no hay ni espacio ni tiempo absolutos; el sujeto de la enunciación también se vuelve relativo: la velocidad de un cuerpo depende del sitio donde esté el observador. A su vez, en Heisenberg, nuestra imagen de la naturaleza depende del avance tecnológico: esto implica tanto al sujeto de la enunciación cuanto al sujeto del enunciado. Estamos un punto distinto al de la ciencia clásica, la ciencia de Newton y de Humboldt, de Darwin y de Marx.

Por otra parte, Labastida ha escrito que la razón —invocada por Heráclito— es el gran Otro, de modo que el sujeto epistémico obedece a los dictados de las normas y principios de la Razón. Ahora bien, obedecer órdenes puede resultar algo incómodo, incluso cuando estamos de acuerdo con ellas. El asunto se vuelve siniestro cuando se tiene la certidumbre de estar obedeciendo órdenes que desconocemos; equivale a sentirse poseído por una voluntad oscura de la que somos un objeto ciego, opaco como escribe Labastida. Lo expresa Freud con la frase “El hombre no es el amo de su casa”.⁶ De modo que el psicoanálisis instaura una versión del sujeto sometido a un Otro —con mayúscula— que no es el otro, el compañero imaginario, sino el Otro en el orden de lo simbólico. Si como afirma el psicoanálisis, el sujeto no subordina —no lo domina— al lenguaje sino que está subordinado a él, el sujeto epistémico deja de pisar el piso sólido de la Razón. Así pues, tenemos dos versiones de la relación del sujeto con el lenguaje: La versión imaginaria que habla del lenguaje como un instrumento o una herramienta al servicio del sujeto; y la versión simbólica que asevera la subordinación del sujeto al lenguaje. El predominio de lo simbólico es un concepto difícil de captar, sobre todo cuando se está preso de las ilusiones o fantasías del registro imaginario. Quizá por eso la concepción del sujeto epistémico —coherente, único y sin fracturas— resulte perfectamente incompatible con el sujeto de lo inconsciente, y viceversa. Sin embargo, no hay uno sin el otro. En *La ciencia y la verdad*, Lacan [1985, 141-142] escribe:

Decir que el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia puede parecer paradójica. Es allí sin embargo donde debe tomarse un deslinde a falta del cual todo se mezcla y empieza una deshonestidad que en otros sitios llaman objetiva: pero es falta de audacia y a falta de haber detectado el objeto que se raja. De nuestra posición de sujeto somos siempre responsables.

6. En *Una dificultad del psicoanálisis*, Freud escribe [59]: “sus dos tesis [del psicoanálisis], la de que la vida instintiva de la sexualidad no puede ser totalmente domada en nosotros y la de que los procesos anímicos son en sí inconscientes, y sólo mediante una percepción incompleta y poco fidedigna llegan a ser accesibles al yo y sometidos por él, equivalen a la afirmación de que el yo no es dueño y señor en su propia casa”.

El sujeto epistémico es ficción

Ahora bien, todo lo anterior sirve para comprender mejor la aseveración de Labastida cuando afirma que el sintagma ‘construcción del sujeto científico’ es una ‘figura ficticia’, “el fantasma del sujeto científico, ajeno y aun opuesto al sujeto individual o psicológico”. Es una ficción “pero —aclara— eso no significa de ningún modo que falsa (tampoco significa que sea por sí sola verdadera)” [p. 1)]. En otras palabras, el sujeto epistémico es una ficción que ni es verdadera ni falsa. Para la lógica clásica sería un contrasentido, pero no lo sería para el psicoanálisis ni para la lógica paraconsistente. En la Carta 69 a Fliess, Freud expresa: “la intelección cierta de que en lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto”. Según Freud, en el inconsciente no hay marca de la verdad, lo que equivale a decir que será tan verdadero como falso. O quizá más claramente: ‘No hay verdad de la verdad’. Por eso es ficción, literatura. No hay Otro que garantice la verdad. Hay palabras pero también silencio. (Decía Lacan [1985, 82]: “No hay palabra sin respuesta, incluso si no encuentra más que el silencio, con tal de que tenga un oyente, y que éste es el meollo de su función en el análisis”).

En el psicoanálisis lacaniano, el Otro constituye el orden simbólico y, al mismo tiempo, responde con una carencia, carencia que se presenta como una pregunta para el sujeto. Lacan le da nombre a esa falta: ‘el significante de una falta en el Otro’. Con ello indica que en el Otro, lugar signifiante, falta un significante [véase: Lacan 19..]. El sistema no es completo ni puede probar su propia consistencia (no hay verdad de la verdad), o como dice Labastida, hay relatividad e incertidumbre.

Asimismo, la verdad como un todo completo y como algo completamente opuesto a la falsedad no es sostenible salvo por quienes mantienen el principio de identidad, A es A , que es —visto desde el ángulo de las formaciones inconscientes— una forma de la compulsión a la repetición. La lógica paraconsistente muestra otros derroteros para la razón y la ontología [Cfr. Peña 1991]. Las contradicciones y las paradojas dejan de ser excepciones para convertirse en regla. Estos planteamientos no aparecen en el libro de Labastida, pero creo que no son incompatibles con lo que ahí se expone en los dos últimos capítulos.

El edificio de la razón es un libro para la reflexión sobre los dos momentos de esa figura de la cultura que llamamos ‘sujeto en la ciencia’: Primero, el logocentrismo que acompaña a la cultura Occidental y, después, el momento que avanza paulatinamente y en medio de las tres heridas narcisistas al ser humano: El heliocentrismo, la teoría de la evolución y el psicoanálisis. Es también una síntesis de ese esfuerzo

denodado por construir la ‘ficción’ del sujeto epistémico y que tal aliento sea sustentable con argumentos. Los límites del discurso, de la palabra, enfrentan inevitablemente al silencio, como lo anotó Wittgenstein. Y el silencio es intraspasable. El edificio de la racionalidad tiene fracturas estructurales.

Referencias

- FREUD, Sigmund. 1915. “Pulsiones y destinos de pulsión”, contenido en: *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu. 1989. Págs. 113-201
- GARCÍA, Rolando. 2000. *El conocimiento en construcción*. Barcelona: Gedisa.
- LABASTIDA, Jaime. 1969. *Producción, ciencia y sociedad: de Descartes a Marx*. México: Siglo XXI.
- . 1996. *La palabra enemiga*, México: Aldus.
- LACAN, Jacques. 1985. *Escritos*. México: Siglo XXI.
- . 1985b. “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, contenido en: [1985, 74-139].
- . 1985c. “La ciencia y la verdad”, contenido en: [1985, 272-307].
- . 1985d. “Variantes de la cura tipo. Lo que el psicoanalista debe saber: ignorar lo que sabe”, contenido en: [1985, 391-416].
- . 1985e. “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente”, contenido en: [1985, 751-789].
- LORENZO, Peña Lorenzo. 1991. *Rudimentos de lógica matemática*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- PIAGET, Jean. 2004. *Le Structuralisme*, Paris: Presses Universitaires de France. (12ª. Edición).
- POPPER, Karl. 1979. *Objective knowledge*. Oxford: Oxford University Press.
- SCARFONE, Dominique. 2005. *Las Pulsiones*. Buenos Aires: Nueva Visión.